

Voluntarios de Tarragona

La presencia de estos soldados en Aragón fue destacada y casual. A principio de 1808, según costumbre de la época, la Unidad estaba destinada en lugares bien distantes: Pamplona y Portugal, ayudando en la ocupación del país vecino, junto al todavía aliado francés.

Dentro de los planes napoleónicos figuraba apoderarse de las grandes fortalezas, en los centros de comunicación próximos a la frontera pirenaica, como paso previo para adueñarse de toda la Península Ibérica, ignorando la mencionada alianza. Las de San Sebastián, Figueras (Gerona) y Barcelona serían ocupadas (entre mediados de febrero y abril 1808) invocando la necesaria colaboración, levantando creciente recelo e indignación de militares y civiles españoles.

Las tropas del general Darmagnac llegaban a la capital navarra (09 febrero 1808), seguidas de escasa artillería ligera, tras numerosas penalidades por los pasos de montaña, causando cierta inquietud, al alojarse en cuarteles pamploneses, solicitando incluso tener acceso a la Ciudadela, defendida por unos 550 hombres del Batallón de Voluntarios de Tarragona. El gobernador (teniente general Marqués de Villasantor) rechazó la propuesta en términos correctos pero firmes. Como las órdenes del general Darmagnac eran tomarla con el acuerdo de los españoles o por la fuerza, sólo quedaba la lucha, a la que sus escasos medios de apoyo no concedían muchas posibilidades de éxito. Sin artillería significativa contra una fortificación, de la que es pálido reflejo el impresionante legado que aún pervive hoy en el corazón de la ciudad, optó por un golpe de mano, aprovechando la periódica entrega de víveres. Sesenta hombres en uniforme de faena se presentaron en la entrada (16 febrero) y mientras la mitad quedaba en los alrededores del puente levadizo, la otra buscaba refugio en el cuerpo de guardia, para resguardarse de la fuerte lluvia (según fuentes francesas) o iniciaron un juego con los centinelas españoles, tirándose bolas de nieve (según referencias hispanas). Cien granaderos galos apostados en casa del general salieron corriendo y cuando la guardia española fue a coger los fusiles, encontró el armero ocupado, comenzando un forcejeo e intercambio de golpes. Un batallón refuerza a los asaltantes, mientras los granaderos se apoderan de las obras que dominan los accesos y la guarnición es expulsada de la Ciudadela.

Comienza el periplo de un centenar de Voluntarios de Tarragona, que les llevaría Ebro abajo, hasta Zaragoza, una vez producido el levantamiento de la ciudad (24 mayo), con la proclamación de Palafox. Por el camino combatieron ya en Tudela, Mallén y Alagón. Con su teniente coronel (don Francisco Casimiro Marcó del Pont) al frente, estos cien soldados aparecen citados en algunos de los momentos más delicados en la defensa de la capital aragonesa, durante las primeras semanas de

improvisada y caótica resistencia. Ayudan a rechazar (15 junio) los tres intentos de afianzarse dentro del recinto tenuemente amurallado, actuando como providencial reserva. También se hallaron en la defensa de la Puerta de El Portillo (02 julio), cuando la columna francesa que flanqueaba el castillo de la Aljafería continuaba el ataque, tras la sorpresa del histórico cañonazo de Agustina Zaragoza. Esta notable contribución le valió a su jefe el nombramiento de coronel.

Con clara intención propagandística, propia de la exaltación del momento, tomándolos como base se crea (21 junio) el Batallón de Infantería Ligera Cazadores de Fernando VII, también citado a veces, posiblemente debido a la longitud del nombre, como Batallón de Voluntarios de Fernando VII. Esa orden prescribía que se integraran en él toda la tropa de infantería ligera dispersa o ya encuadrada en otras Unidades, salvo si pertenecían a los Voluntarios de Aragón.

Según el entonces vigente reglamento de 1805 debería vestir casaca azul turquí; solapa azul; puños, cuello, vueltas y vivos amarillos, botón dorado y bicornio, aunque a los destacados en Dinamarca (1807-1808) Suhr los retrata con chacó. En el caso de los Voluntarios de Tarragona, Marcó del Pont se queja del mal estado del vestuario “caducado hace casi dos años”, por lo que añadiendo los dos o tres más de uso normal nos lleva al colorista uniforme verde (Reglamento 1802), cuya única diferencia entre Unidades era el nombre escrito en los botones.

Nuestro agradecimiento al professeur Marc Morillon y a D. Juan José Sañudo Bayón (Revista Dragona).

Investigación: Luis Sorando Muzás
Compilación: Ángel M. Salcedo Oliver
www.infonegocio.com/agrartaragonesa